

Ante todo, Carlos VII debía solicitar el olvido de lo pasado:

«Primeramente el rey dirá ó, por mediación de personas notables debidamente autorizadas, hará decir á mi dicho señor de Borgoña que la muerte del difunto mi dicho señor el duque Juan de Borgoña, su padre, que Dios absuelva, fué inicua y malamente hecha por los que perpetraron dicho caso y por mal consejo, y que á él le ha siempre disgustado y al presente le disgusta de todo corazón, y que si hubiese sabido el tal caso y hubiese tenido la edad y el entendimiento que hoy tiene, lo habría evitado en cuanto de él hubiera dependido; pero era muy joven y tenía entonces muy poco conocimiento y no fué bastante perspicaz para evitarlo. Y suplicará á mi dicho señor de Borgoña que aleje de su corazón todo rencor ú odio que pudiera sentir contra él á causa de esto, y que haya entre ambos buena paz y amor.»

Carlos prometía perseguir y castigar á los autores del crimen, fundar misas perpetuas de *requiem* en la iglesia de Montereau y en la de los Cartujos de Dijón, edificar y sostener á sus costas un convento de cartujos en Montereau y construir una hermosa cruz «en el puente de Montereau, en el sitio en donde se perpetró el dicho mal caso.»

Además cedía Carlos VII al duque Felipe el conde de Macón, en donde se habían instalado desde 1417 las guarniciones borgoñonas, el condado de Auxerre, la castellanía de Bar-sur-Seine, los castillos, ciudades, castellanías y prebostazgos de Peronne, Montdidier y Roye. Por último, el duque exigía las «ciudades del Somma,» objeto de la codicia de su casa, entendiéndose por tales «todas las ciudades, fortalezas, tierras y señoríos pertenecientes á la corona de Francia, del y sobre el río de Somma, por uno y otro lado, como Saint-Quintin, Corbie, Amiéns, Abbeville y otros,» pero exceptuando Peronne, que había sido objeto de una cesión particular. Las «ciudades del Somma» comprendían también todo el condado de Ponthieu, Doullens, Saint-Riquier, Crèvecœur, Arleux, Mortagne, y en general todos los dominios de la corona situados al otro lado del Somma, «hacia el lado de Artois, de Flandes y de Haynaut,» salvo, sin embargo, Saint-Amand y Tournai. El rey obtuvo únicamente el derecho de rescatar «las ciudades del Somma» mediante cuatrocientos mil escudos de oro viejo (1), y renunció á percibir impuestos «y subvenciones cualesquiera» en Borgoña y en los territorios cedidos. Finalmente, Felipe el Bueno quedaba personalmente exento de todo homenaje, fe y servicio, «de sujeción, jurisdicción, soberanía y otras del rey durante su vida;» en una palabra, hasta la muerte del uno ó del otro, los dominios borgoñones quedaban susstraídos á la soberanía de la corona.

En 21 de septiembre se firmaron y leyeron las letras que notificaban el tratado en la iglesia de Saint-Vaast, que estaba llena de una alegre multitud. Después, el

más brillantes triunfos de Juana de Arco, contenían ya todas las condiciones más humillantes del tratado de 1435, incluso la declaración relativa al asesinato de Montereau. Véase el texto de esos ofrecimientos en Cosneau, *Traité de la guerre de Cent Ans*, Apéndice II.

(1) Ó sean 5.214.000 francos de valor intrínseco actual, sin hablar del valor relativo.

anciano Juan Tudert, consejero de Carlos VII, fué á arrodillarse á los pies de Felipe el Bueno y pronunció la fórmula de solicitud de perdón contenida en el tratado; el duque respondió que alejaba de su corazón todo rencor, y levantando al embajador le besó, y luego juró sobre la cruz que jamás recordaría la muerte de su padre y que mantendría buena paz y unión con el rey. El legado y el cardenal de Chipre le declararon entonces absuelto del juramento que había prestado á los ingleses, terminando la ceremonia con un *Te Deum* entonado en medio de la alegría general.

Aunque las exigencias del duque de Borgoña eran previstas, algunos familiares de Carlos VII estimaron que los embajadores de éste habían accedido á ellas con demasiada facilidad. Las amenazas formuladas contra los asesinos de Juan Sin Miedo irritaban á los armagnacs, los más obstinados de los cuales eran resueltamente contrarios á toda reconciliación. Carlos de Anjou y el bastardo de Orleáns se negaron á aceptar el tratado; pero el rey no podía volverse atrás y dió su ratificación en 2 de diciembre de 1438.

La paz de Arrás, por muy mortificante que fuera para la dignidad real, marcaba una etapa decisiva en el camino de la liberación. El duque de Bedford no había sobrevivido al fracaso de la diplomacia inglesa; en efecto, murió en el castillo de Ruán el 14 de septiembre, y su tumba fué erigida en la catedral entre las de sus antepasados los reyes de Inglaterra, duques de Normandía.

III.—Conquista de la Isla de Francia (2)

La denuncia del tratado de Troyes por el duque de Borgoña provocó una explosión de furor en Inglaterra. El partido de la guerra, que desde hacía cinco ó seis

(2) FUENTES. — Además de las crónicas citadas en los párrafos 1 y 2: Marcial d'Auvergne, *Vigilles de Charles VII*, edición Coustelier, tomo I; *Journal d'un bourgeois de Paris*; Guillermo Leseur, *Histoire de Gaston IV, comte de Foix*, edición Courteault, tomo I, 1893; *Petite chronique de Guyenne*, edición G. Lefevre-Pontalis, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1886. Stevenson, *Letters*. Delpit, *Collection des documents français qui se trouvent en Angleterre*, 1847. Longnon, *Paris pendant la domination anglaise*. Felibien, *Histoire de Paris*, tomos III y IV, 1725. Boutrot, *Depenses faites par Troyes pour le siège de Montereau*, 1855. Douais, *Charles VII et le Langüedoc*, «Annales du Midi,» 1896. Arm. Gasté, *Chansons normandes au XV^e siècle*, 1866, y *Olivier Basselin et le Vau-de-Vire*, 1887. Leroux de Lincy, *Chants historiques français* («Notices de Quicherat»), tomo I, 1861. Las fuentes inglesas, menos escasas para este período, están enumeradas en la obra de Gross (véase lo que hemos dicho en la pág. 1) y en las tablas de Ramsay (*Lancaster and York*).

OBRA DE CONSULTA.—Además de las obras citadas de Cosneau, de la Roncière, Stubbs y de las memorias de Le Vavasseur, Puiseux, Arm. Gasté, Le Breton, Rioult de Neuville: Le Corbeiller, *Dieppe et les Anglais de 1435 à 1443*, «Revue catholique de Normandie,» tomo VI. Eugenio de Beaurepaire, *Olivier Basselin*, «Mémoires de la Société des Antiquités de Normandie,» tomo XXIV. Carlos de Beaurepaire, *Les Etats de Normandie*, 1859. Semelaigne, *Robert de Floques*, 1872. Pablo Robiquet, *Histoire municipale de Paris*, 1880. G. Lefevre-Pontalis, *Villiers de l'Isle Adam*, «Position des thèses de l'Ecole des Chartes,» 1883. Ribadieu, *Histoire de la Conquête de la Guyenne*, 1866. Jullian, *Histoire de Bordeaux*, 1895. A. Breuils, *Campagne de Charles VII en Gascogne*, «Revue des Questions historiques,» 1895, tomo I. «Mémoires de Clement Simon,» «Revue des Questions historiques,» 1895, tomo II, y de Courteault, «Annales du Midi,» 1894. Joubert, *Le mariage de Marguerite d'Anjou*, «Revue du Maine,» 1883.

años se había debilitado, reconquistó por un instante todo cuanto había perdido: el pueblo insultó á los embajadores enviados á Londres por Felipe el Bueno para notificar el tratado de Arrás, las casas de los mercaderes flamencos fueron saqueadas y las tropas inglesas devastaron los dominios borgoñones. En el parlamento de octubre, los comunes, que en los años anteriores se habían mostrado muy poco generosos, otorgaron, además de los subsidios ordinarios, un fuerte impuesto progresivo sobre la renta y autorizaron un empréstito de cien mil libras.

Pero aquellos esfuerzos fueron efímeros. La muerte de Bedford había dejado frente á frente al anciano cardenal Beaufort y á su enemigo el duque de Glocéster, entonces presunto heredero del trono, y las discordias de éstos redujeron á la impotencia á los mejores capitanes ingleses. En 1441, el consejo de Ruán se quejaba del abandono en que se dejaba al señorío de Enrique VI en Francia, «como la nave lanzada al mar sin piloto y sin timón.» La realeza de los Lancáster perdía su fuerza cuando recuperaba la suya la de los Valois.

Carlos VII salía lentamente de su sopor. Brantome ha atribuido esta transformación á la bella Inés Sorel; pero ésta, en los años que siguieron al tratado de Arrás, era todavía una niña, y no fué la amante del rey hasta allá por el año 1443. La verdad es que Carlos VII, dominado hasta entonces por favoritos que explotaban y fomentaban su debilidad, estaba ahora rodeado de hombres que con sincera buena voluntad trabajaban por la libertad del territorio: tales eran Carlos de Anjou, el bastardo de Orleáns, Richemont y Pedro de Breze.

Sin embargo, á consecuencia de la insubordinación de los soldados y de las intrigas de ciertos grandes señores que trataron de encender de nuevo la guerra civil y realizaron una «Praguerie» (1), languidecieron las operaciones contra los ingleses, las cuales, durante los nueve años siguientes al tratado de Arrás, se realizaron principalmente en Normandía, el Maine, la Isla de Francia y la Guiena.

Un mes después de firmada la paz de Arrás, un pechero, Carlos des Maretz, que ya se había distinguido por algunos afortunados golpes de mano en el país de Caux, propúsose conquistar Dieppe para Carlos VII, y en efecto, aquella ciudad fué tomada por asalto en 28 de octubre de 1435. Este suceso fué la señal, en aquel territorio, de una rebelión análoga á la que un año antes se había producido en el Bessin. Veinte mil aldeanos, mandados por uno de los suyos, llamado Le Caruyer, y por el señor de Montivillers, combatieron á los ingleses con las mismas armas que habían recibido para desempeñar el servicio de policía de los caminos; y habiendo acudido en su ayuda las partidas de La Hire y de Floquet, en seis semanas todo el país de Caux, excepto Caudebec, estuvo en poder de los franceses. Pero los vencedores no supieron permanecer unidos, pues los aldeanos desconfiaban de las tropas y éstas despreciaban á los aldeanos, resultando de ello que los habitantes de Caux, maltratados por los nobles del país y por las tropas ligeras armagnacas (2), fueron derrotados

(1) La «Praguerie» será relatada en el libro II, cap. VIII.

(2) Véase sobre esto la *Chronique* del normando Choinet, «Revue historique,» tomo XXIX, pág. 79.

por los ingleses, los cuales reconquistaron una por una casi todas sus antiguas posiciones. El único efecto del levantamiento fué la devastación completa y la despoblación del país de Caux.

En el otro extremo de Normandía, los habitantes del Val-de-Vire se sublevaron en los primeros meses de 1436, bajo la dirección de un tal «Boschier, capitán de los municipios,» y á su lado combatieron los señores de Bueil, de Loheac y de la Roche. La sublevación fué extensa y profunda, á juzgar por las canciones populares que han llegado hasta nosotros y en las cuales se celebran las hazañas de los compañeros de Van-de-Vire. Estas canciones han sido atribuidas á Olivier Basselin (3), y en efecto, existió un normando llamado Olivier Basselin, ó más bien Bachelin, propietario de un pequeño molino para batanar paños, situado á las puertas de Vire; era el tal cancionero y es probable que ejercitara su ingenio á costa de los «comodones.» Los ingleses «acabaron con él» (4), habiendo quizás perecido en Saint-Sever, cerca de Vire, en la batalla que costó la vida á un millar de normandos y que, según parece, puso término á la insurrección del Val (5).

El doble fracaso de los habitantes de Caux y de Vire no desalentó, sin embargo, la resistencia popular. Allá en lo último de la Baja Normandía, resistíase valientemente la guarnición de Mont-Saint-Michel. Para vigilar aquella plaza, los ingleses fundaron Granville sobre una roca solitaria; pero antes de que las fortificaciones de la nueva ciudad estuvieran terminadas, apoderóse de ella el capitán del Mont-Saint-Michel, Luis de Estouteville. En las fronteras del Maine, las partidas de Juan de Bueil batían la campaña; en el país de Lisieux, dos hidalgos normandos, Le Borgne de Nocé y Luis de Bienfaite, y una porción de «bandidos» más pagaron con sus cabezas su lealtad á la causa nacional, y en 1440, el capitán Roberto Floquet se apoderó de Evreux. En la Alta Normandía, Ruán estaba amenazada, y Dieppe, que á pesar de los esfuerzos de Tailbot había quedado en poder de los franceses, seguía enviando sus corsarios al estuario del Sena. El Consejo residente en Ruán, depurado ya del elemento borgoñón y compuesto únicamente de ingleses, luchaba cada día con mayores dificultades; érale imposible asegurar el orden, no obstante las quejas de los habitantes, y se veía obligado á estrujar á la población y á pedir en 1441 á los Estados de Normandía 600.000 libras. La reconquista de aquella provincia por el rey de Francia era sólo cuestión de tiempo.

Algunos de los mejores capitanes de Carlos VII habían ayudado á los normandos, y el delfín Luis había ido á socorrer á los de Dieppe; pero el asunto magno para el rey era la conquista de la Isla de Francia.

(3) Basselin ha sido durante mucho tiempo célebre como autor de canciones báquicas. Los pretendidos «Vaudevilles de Olivier Basselin» fueron compuestos á fines del siglo XVI por Juan la Houx.

(4) Así lo hace suponer la célebre canción (G. Paris, *Chansons du XV^e siècle*, núm. 56): «¡Ay, Olivier Basselin!—¿No tendremos ya noticias vuestras?—¿Han acabado con vos los ingleses?»

(5) Stevenson, *Letters and papers*, tomo II, pág. LXII. Todos estos hechos sólo los conocemos por fragmentos de textos. Véase Tomás Basin, libro III, capítulos II y V, y los documentos editados por S. Luce, *Chronique du Mont-Saint-Michel*, tomo II, principalmente los números 179 á 181, 193, 294.

Enrique VI, después de la condenación de la Doncella, había sido conducido á París y consagrado en Notre-Dame en 16 de diciembre de 1431; pero los parisienses estaban muy descontentos porque los ingleses mostraban «muy poca generosidad,» y todos se lamentaban de la miseria cada día en aumento. La Universidad quejábese de ser sacrificada á la de Caén, y el Parlamento de no percibir sus pagas. Habían comenzado de nuevo las conspiraciones, y en el mes de agosto de 1432 en poco estuvo que no se abriera á los franceses la puerta de San Antonio. La abadía de San Antonio de los Campos, complicada en el complot, había sido encarcelada. Un año después, el platero Gossouin de Luet almorzaba en compañía del panadero Juan Trotet, de un zapatero y de un *sausier* y la conversación recayó en la desgracia de los tiempos:

«Mientras almorzaban hablaron, como con frecuencia acontece, de las guerras de este reino y de las pobreza que sufre el pequeño pueblo de París y de otras partes. Y entre otras cosas, el difunto Trotet, ú otro de los comensales, preguntó al dicho Gossuyn cómo iban las ganancias de su oficio de orfebrería. A lo que el dicho Gossuyn respondió que era el oficio más pobre de todos, porque panaderos, zapateros y gentes de muchos otros oficios trabajaban siempre y vendían sus géneros más ó menos según el mercado que tenían de materiales, al paso que la mayor parte del tiempo los plateros de París no encontraban quién les hiciera trabajar aun queriendo hacer las cosas á menos de la mitad de lo que tenían por costumbre. Y hablando de estas cosas el dicho Gossuyn, sin pensar mal en modo alguno, dijo que jamás habría buen tiempo en París, mientras hubiese en Francia un rey pacífico, la Universidad estuviese llena y poblada de gentes y la asamblea del Parlamento fuese mantenida y obedecida como solían estarlo y serlo. Y de otra parte el dicho difunto Juan Trotet dijo que las cosas no podían durar más tiempo en aquel estado y que si hubiera en París quinientos hombres de acuerdo para promover una rebelión, encontrarían mil que los secundarían (1).»

Después de esta conversación separáronse aquellos compañeros, y poco después, en octubre de 1433, habíase descubierto que Juan Trotet y otros confidentes se habían concertado con los franceses para hacerles entrar en París. Los conspiradores fueron decapitados. Una semana antes había sido preciso reprimir otro complot.

En los momentos en que se firmaba la paz de Arrás, la miseria había llegado al colmo en París. Nadie se atrevía á salir de las puertas de la ciudad por miedo de caer en manos de los armagnacs ó de los ingleses que metódicamente saqueaban los alrededores de la capital. «El trigo, que costaba XX sueldos de París, subió inmediatamente á dos francos; el queso, la manteca, el aceite, el pan, todo se encareció aumentando en la mitad ó en el tercio de su precio.» Los complots continuaban y eran reprimidos sin piedad: «En secreto y públicamente se hacía perecer á mucha gente, ahogando á unos y matando de otras maneras á otros, sin con-

(1) Este relato, que demuestra perfectamente cómo y por qué se formaban las conspiraciones contra los ingleses, está tomado de las letras de remisión que los ingleses otorgaron á Gossouin de Luet (Longnon, *Paris pendant la domination anglaise*, n.º 175).

tar los que morían en batalla.» En el mes de marzo de 1436, el gobierno inglés exigió de los parisienses un nuevo juramento de fidelidad, y tan poca confianza inspiraban, que se les intimó que, en el caso de ser atacada la ciudad, no se presentaran en el lugar del combate, á no ser que se tratara de un servicio militar mandado.

En aquel momento se completaba el cerco de París. Los habitantes de Pontoise habían entregado su ciudad á los franceses en los últimos días de febrero, y los soldados de Carlos VII habíanse apoderado del puente de Charentón, de Vincennes, de Corbeil, de Brie-Comte-Robert y de Saint-Germain-en-Laye, y como eran dueños de Harfleur, Tancarville, Lillebonne, Meulán, Corbeil, Melún, Lagny y Pontoise, detenían todos los convoyes de víveres que circulaban por el Sena, el Marne y el Oise. Carlos VII, para tranquilizar á los que se habían comprometido por la causa anglo-borgoñona, prometió, por letras de 28 de febrero, una amnistía. El canciller Luis de Luxemburgo, que había permanecido fiel á los ingleses, gobernaba la capital con Pedro Cauchón, nombrado obispo de Lisieux, y con los obispos de París y de Meaux, siendo los cuatro igualmente detestados. Uno de los principales capitanes de Felipe el Bueno, Juan de Villiers de l'Isle-Adam, que había sido capitán del Louvre en tiempo de la dominación borgoñona en París, tenía inteligencias dentro de la ciudad, muy especialmente con Miguel de Lailler, consejero de la Cámara de las Cuentas, á quien los ingleses habían imprudentemente perdonado sus antiguas empresas en favor de Carlos VII.

Preparado de esta suerte el terreno, Richemont, nombrado teniente general del rey y provisto de poderes soberanos, recibió orden de apoderarse de París y con los refuerzos que le llevaron Villiers de l'Isle-Adam y el bastardo de Orleans, fué á establecerse en 10 de abril de 1436 en Saint-Denis, después de haber derrotado de paso á los ingleses, y una vez allí se le dijo que al día siguiente se le abriría una de las puertas de la ciudad, de la parte del arrabal de San Marcelo, y que tanto que hacer se daría á los ingleses, que éstos no podrían impedirle la entrada.

Al amanecer del 13 de abril, Lailler y sus amigos llamaron á los parisienses á las armas y en un instante quedaron obstruidas las calles con cadenas. Los ingleses, acribillados de proyectiles de todas clases, piedras, leños, utensilios domésticos, que desde lo alto de las ventanas les lanzaban, contestaban con flechazos, gritando: «¡San Jorge! ¡Traidores franceses! ¡Matarlos á todos!» y dirigieronse unos á las Halles, en donde había gran muchedumbre, y otros á las puertas de Saint-Denis, matando por el camino á algunos ciudadanos. En el entretanto Richemont entraba por la puerta de San Jacobo, al otro extremo de la ciudad, y se dirigía primero á las Halles y después á Notre-Dame, rodeado de una multitud entusiasta á la que prodigaba promesas que supo cumplir. La población fué protegida contra el pillaje y las violencias de las tropas ligeras; leyéronse y releyéronse en las encrucijadas las letras de abolición otorgadas por el rey, y los ciudadanos más sospechosos solamente fueron desterrados por algún tiempo. Miguel de Lailler fué nombrado preboste de los mercaderes; los consejeros del Parlamento y de la

Cámara de las Cuentas quedaron autorizados para continuar en sus funciones, y los víveres afluyeron á París.

Los ingleses se habían refugiado en la Bastilla con algunos «franceses renegados;» Richemont les dejó partir y se embarcaron el 17 de abril para Ruán, entre las rechiflas de la multitud. «¡A la cola! ¡A la cola!» gritaban los parisienses repitiendo la clásica broma de la Edad media sobre los ingleses que llevaban aquel apéndice (1).

La alegría de los parisienses repercutió en todo el reino. En Arrás compúsose una balada sobre los valientes caballeros que habían

«arrojado á los lobos
lejos del buen país francés (2).»

En el Rouergue, en Millau, los habitantes encendieron, en señal de regocijo, hogueras delante de las puertas de sus casas (3). También en aquella ocasión pareció que Carlos VII era el único que no tomaba parte en la satisfacción pública; en efecto, negóse á ir á vivir en su capital y durante diez y ocho meses no hubo «noticia del rey, ignorándose si estaba en Roma ó en Jerusalén.» Carlos conservaba el terror que París le infundiera en su adolescencia.

El esfuerzo del año 1436 no se sostuvo, y desde principios de 1437 los ingleses recobraron posiciones importantes alrededor de la capital, entre ellas 1437 Pontoise, y se procuraron á su vez inteligencias dentro de París, en donde se descubrió un complot cuyo objeto era facilitarles la entrada en la ciudad.

De todas partes apremiaban al rey para que hiciera algo, y entonces decidió poner sitio á Montereau, encargándose por vez primera del mando de su ejército. El 10 de octubre de 1437 la ciudad fué tomada por asalto, siendo Carlos VII uno de los primeros que penetraron en ella, y el 12 de noviembre hizo por fin su entrada solemne en París, rodeado de un magnífico cortejo de caballeros y en medio de un sincero entusiasmo. Pero á las tres semanas regresó á sus queridas residencias del Loira, comenzando entonces de nuevo las tribulaciones de los parisienses, que no se calmaron realmente hasta 1441 con la toma de Pontoise. Los ingleses defendieron esa ciudad con encarnizamiento durante cinco meses, y por cinco veces acudió Talbot á aprovisionar la plaza. El rey se negó obstinadamente á presentar batalla á Talbot y molestó á los ingleses con diversiones en Normandía, y no habiéndose éstos atrevido á llevar sus fuerzas á Pontoise, fué tomada la ciudad por asalto en 19 de septiembre. La Isla de Francia estaba libertada.

Al año siguiente, Carlos VII realizó una expedición al Sudeste para rescatar la ciudad gascona de Tartas, que había capitulado condicionalmente en manos de los ingleses; sometió casi toda la senescalía de las Landas y emprendió el camino del Bordelés. Grande fué el pánico en Burdeos, pero la defensa heroica de una

(1) Habiendo los habitantes de Dorchester insultado á San Agustín de Cantorbery, fueron, según la leyenda, condenados por el cielo á llevar una cola. De aquí el epíteto de rabudos (*caudati*) que á los ingleses aplicaban sus enemigos del continente.

(2) Balada publicada por J. M. Richard, «Revue des Questions historiques,» tomo XVIII, pág. 226.

(3) Rouquette, *Le Rouergue sous les anglais*, pág. 433.

guarnición gascona, bloqueada en el castillo de Reole, ocupó á las tropas francesas hasta el invierno, llegado el cual, el frío extremado les obligó á retirarse y á abandonar las conquistas tan rápidamente realizadas. Por otra parte, para arrojar á los ingleses de Guiena se necesitaban una escuadra y un ejército disciplinado, y Carlos VII no tenía una ni otro. Sin embargo, los ingleses estaban alarmados: muchos de sus capitanes pedían la pérdida en breve plazo de Normandía y de Guiena, y una expedición que prepararon, con grandes gastos, en 1443 fracasó de un modo lamentable por impericia del duque Somerset.

Los duques de Borgoña, de Orleans y de Bretaña y el papa pedían á los dos reyes que hicieran la paz. Por ambas partes era grande el agotamiento de fuerzas. Enrique VI envió al conde de Suffolk como embajador para firmar una paz ó una tregua con el «muy alto y excelente príncipe, su querido tío de Francia,» y para pedirle la mano de Margarita de Anjou. Suffolk llegó á Tours el 16 de abril de 1444. Los ingleses ya no hablaban de la corona de Francia, y sólo querían en plena soberanía Guiena y Normandía; sus exigencias habían menguado. Mas, á pesar de ello, Carlos VII rechazó las proposiciones de paz y se limitó á conceder á Enrique VI la mano de la bella Margarita, hija de Renato de Anjou, que tenía por todo dote sus pretensiones sobre el reino de Mallorca. El 28 de mayo firmóse una tregua general de veintidós meses; pero, de prórroga en prórroga, la suspensión de hostilidades iba á durar hasta 1449.

IV.—Devastación de Francia. Los desolladores (4)

Si conociésemos la guerra del tiempo de Carlos VII únicamente por la pintura que de ella ha hecho el señor de Bueil en su novela del *Mozalbeta* (*Jouvencel*), habríamos de creer que exaltaba los sentimientos más elevados, el amor á la justicia y á las buenas causas, la

(4) FUENTES.—Crónicas de Basin, libro III; O. de la Marche, libro I; Monstrelet, tomo V; *Journal d'un bourgeois de Paris*; *Journal parisien* de Juan Maupoint, edición Fagniez, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris,» tomo IV. *Chronique du Bec*, edición Porée, 1883. Juan Germain, *Liber de virtutibus Philippi*, capítulo XXIII, en Kervyn de Lettenhove, *Collection de chroniques*, tomo III. Denifle, *Désolation des églises en France*, tomo I. Marcel Canat. *Documents inédits pour servir à l'histoire de Bourgogne*, 1863. Dom Plancher, *Histoire de Bourgogne*, tomo IV. Documentos publicados en los «Archives historiques du Poitou» por Delayant (en el tomo II) y Guerin (en el tomo XXIX), en los «Annales du Midi,» por Douais, 1896-97, y en la mayor parte de las obras que á continuación enumeramos.

OBRAS DE CONSULTA.—Tuety, *Les Ecorcheurs sous Charles VII*, 2 tomos, 1874. J. de Fremerville, *Les Ecorcheurs en Bourgogne*, «Mémoires de l'Académie des Sciences de Dijon,» tomo X. Pablo Canat de Chizy, *Les Ecorcheurs dans le Lyonnais*, «Revue du Lyonnais,» nueva serie, tomo XXIII. H. Witte, *Die Armagnaken im Elsass*, 1890. F. Pasquier, *Le dauphin et les routiers en Languedoc*, 1895. Padre Galabert, *Les compagnies autour de Saint-Antoine*, «Bulletin de la Société archéologique de Tarn-et-Garonne,» 1896. Biografías de Desolladores: *Rodrigo de Villandrando*, por Quicherat, 1879, y Antonio Fabié, 1882, en español; episodios de su vida por Bondet, «Revue d'Anvergne,» 1894; Antonio Thomas y C. Portal, «Annales du Midi,» 1890 y 1895; Grassoirelle, «Revue Bourbonnaise,» tomo I; *Robert de Floques*, por Semelaigne, 1872; H. de Chabannes, *Histoire de la maison de Chabannes*, tomo II, 1894; *Le batard de Bourbon*, por Froussard, «Revue de Champagne,» 1890; *Robert de Sarrebruck*, por C. Mar-